

OVERWATCH

CÓDIGO DE LA VIOLENCIA



UN RELATO CORTO DE BRANDON EASTON

HISTORIA
BRANDON EASTON

EDITORIAL
CHLOE FRABONI

ASESORÍA DE HISTORIA
MADI BUCKINGHAM, SEAN COPELAND

ASESORÍA CREATIVA
**JEFF CHAMBERLAIN, JASON HILL, GEORGE KRSTIC,
ANDREW ROBINSON, ARNOLD TSANG**

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA

DISEÑO
BETSY PETERSCHMIDT

ILUSTRACIONES
ARNOLD TSANG

ASPECTO DE REAPER Y DISEÑOS ORIGINALES DUSK
DAVID KANG

MODELO DEL ASPECTO DE REAPER DUSK
KEOS MASONS

MODELO DEL ARMA DE REAPER DUSK
DRAGONFLY

MODELO ORIGINAL DE REAPER
HAI PHAN

CÓDIGO DE LA VIOLENCIA



El pulso de Reyes le palpitaba con fuerza en los oídos. Era ahora, durante estos momentos de calma, cuando su ira comenzaba a bullir. Los pequeños inconvenientes como un piloto que se había retrasado o un informe de misión desaparecido solían preceder a una sonrisa o a una broma bienintencionada. Pero ahora estos inconvenientes tenían la capacidad de sacarle de sus casillas mientras su ira creaba un puente hacia algún lugar. A Reyes no le gustaba pensar en lo que había al otro lado de ese puente. Tenía la sensación de que, con cada bala que disparaba y cada vez que su cuerpo se transformaba en una columna de humo negro, estaba dando otro pequeño paso hacia ese camino.

Pero tal era el precio del poder.

Reyes miró fijamente a su reflejo deformado mientras cogía la máscara de Reaper, un aparato respiratorio especializado que se parecía a una calabaza de Halloween blanca con unas aberturas entrecerradas rojas para los ojos. Para misiones de sigilo de este tipo, necesitaba una interfaz, un filtro de gas y un sistema de comunicaciones omnidireccional conectado a un GPS. A todos los

efectos, la máscara era práctica, pero también había otras razones para usarla... Su cara era un lastre. El mundo pensaba que estaba muerto y así tenía que seguir siendo. Nadie podía saberlo, sobre todo *ella*.

Un millar de imágenes inundaron la mente de Reyes, como un caleidoscopio estropeado que muestra momentos fugaces de alegría, satisfacción, descubrimiento y amor. Un cono de helado derritiéndose entre los nudillos raspados. Su pelo. Una época en la que lo miraba a los ojos con cariño.

«¿Sería capaz de sonreír si viese en lo que me he convertido?». La pregunta se quedó en el aire mientras un arrebató de ira emergía de lugares que Reyes había intentado reprimir. «¿Sería capaz de sentir lo mismo por mí otra vez?».

La ira se descontroló de forma parecida al modo en el que habían retorcido su cuerpo durante todos estos años. Las cicatrices de su último combate contra Jack no eran nada en comparación con el veneno que le había inyectado Moira y el gobierno estadounidense antes que ella. Incluso ahora, los líquidos gritaban a través de sus venas, toda una limpieza molecular que estaba destrozando a Gabriel Reyes miembro a miembro.

Había pasado casi un año desde que una explosión redujese a escombros la sede de Overwatch en Suiza. Lo último que recordaba era el destello de una explosión, un horroroso momento de calor abrasador y los ojos de Jack, abiertos de par en par por el terror. Y después... una oscuridad impenetrable.

Reyes recordó despertarse y ver un par de ojos fríos mirándolo a la cara. Moira O'Deorain, la genetista desquiciada que había reclutado para Blackwatch. Una elección que resultaría tener un sinfín de consecuencias no previstas. Mientras recuperaba la consciencia a duras penas, Moira le explicó cómo había sobrecargado su cuerpo con compuestos químicos experimentales, una versión potenciada de la sustancia que le había otorgado la capacidad de manipular su forma. Le explicó que había estado a punto de morir y que no le quedó otra opción. Aunque la científica ocultó sus motivaciones tras la fría lógica de su trabajo, Reyes sabía que cuando más disfrutaba de su labor era al jugar con sujetos de prueba indefensos.

Reyes yacía en la camilla con una sensación de desapego indescriptible, como si su cuerpo estuviese hecho de un metal fundido y sedoso que cambiaba entre varios estados de la materia. En un momento era de carne y hueso y, al instante,

cambiaba a un montón de humo negro, consciente de cada molécula y, sin embargo, aterrizado ante la idea de perder el control. Reyes miró su brazo, que era un torrente de niebla de ébano con la vaga forma de un apéndice. Gritó de terror internamente, pero una parte muy pequeña de su cerebro estaba intrigada. ¿Cuántas personas habían intentado matarlo? A pesar de eso, su poder había aumentado. Era más de lo que había sido antes. El recuerdo de su vida anterior le parecía el prólogo trágico de una historia de venganza que escribiría con sangre.

Reyes salió de su ensueño y tomó aire profundamente cuando la nave de Talon comenzó las maniobras de aterrizaje. La máscara de Reaper proyectó una sombra sobre su horrible rostro mientras la bajaba lentamente para cubrirle la cabeza. Con un satisfactorio clic, la máscara se conectó a la capucha acorazada alrededor de su cuello. Respiró hondo de nuevo y oyó un siseo gélido y metálico.

—Un minuto y treinta segundos para llegar la zona de despliegue —anunció el piloto de la nave.

Reyes se volvió hacia un montón de monitores de ordenadores que se distribuían a lo largo de la estación de comunicaciones de la nave. Deslizó un dedo con habilidad por el panel de control LED y repasó el resumen de la misión de Doomfist.

En breves momentos, aterrizarás en una ubicación militar secreta. Dentro se halla una persona cuyo conocimiento permitirá que Talon pase a la siguiente fase de nuestra operación. Es imperativo extraer a este hombre con vida de la instalación. Tu compañera de equipo en esta misión será un recurso importante, pero no la pierdas de vista. Mientras yo permanezca encerrado, vosotros seréis los golpes de mi mano en la sombra.

Recordó haber sonreído frente a la sala de confinamiento de Akande mientras el hombre encarcelado le devolvía la mirada con una expresión vacía. No hubo indicio alguno de emoción, solo vio un par de ojos centrados en algo mucho más allá de sus captores y de las paredes de luz sólida de la prisión.

Reyes no era mezquino ni innecesariamente vengativo, pero le produjo cierta satisfacción saber que uno de los criminales más poderosos del mundo estaba atrapado en una jaula y que él había participado en ello.

—¿Te gusta tu nuevo alojamiento? —dijo Reyes.

Akande parpadeó como si hubiesen interrumpido una conversación que solo él podía oír.

El hombre se encogió de hombros.

—La adversidad genera oportunidades... y nos fortalece si somos capaces de sobrevivir.

Reyes apretó los dientes y su mano se cerró en un puño mientras reprimía un torrente de insultos. Akande examinó el lenguaje corporal de Reyes con una mirada de complicidad.

—Esa es la frustración por la incapacidad del sistema para lidiar adecuadamente con los intermediarios del poder y los insurgentes —dijo Akande con un tono que sugería que no era tanto una pregunta y sí más una afirmación.

La respuesta de Reyes fue fruncir el ceño.

Akande se inclinó hacia adelante con una expresión cautelosa, como un jugador de póquer que no está seguro de si su mano es lo suficientemente buena como para ganar la partida.

—Estamos hechos para la guerra. Es normal que esta falsa paz no te engañe. Pero no te preocupes, estoy en clara desventaja...

—El lugar que te corresponde.

—A tu juicio, quizá. No soy el primero ni seré el último con la idea de cuestionar el orden mundial. Soy uno de los muchos que se dan cuenta de lo destrozado que está el mundo.

—No existe un sistema perfecto. No es necesario cometer actos de terrorismo para ver que el sistema tiene defectos.

Akande asintió con respeto y se alejó de Reyes.

—Es una lástima que los verdaderos villanos nunca vean el interior de una celda —dijo Akande—. Has sido policía y soldado. Te has pasado gran parte de tu vida buscando justicia. Y solo has visto que la justicia se compra y se vende con facilidad.

—No soy un necio en busca de un líder para una secta —dijo Reyes mientras se levantaba para marcharse—. No intentes manipularme. Estás aquí por un motivo.

—Y tú también, Reyes.

Pasó un instante, una de esas pausas que suelen ir seguidas de un apretón de



manos o del desenfundar de una pistola.

—Permíteme preguntarte esto —dijo Akande—. ¿Crees que has marcado la diferencia? ¿Como policía? ¿Como soldado? ¿Como agente de Overwatch? ¿Tus acciones han inclinado la balanza a favor de la justicia?

Reyes abrió la boca para responder, pero algo en lo más profundo de su ser impidió que las palabras se pronunciasen. Como policía, Reyes había encerrado a cientos de delincuentes, pero no había tenido efecto alguno a la hora de detener el flujo de crímenes callejeros. Como soldado, había ayudado a derrocar regímenes autoritarios crueles solo para ver cómo una megacorporación tomaba el control y continuaba con los mismos abusos bajo los preceptos de maximizar las ganancias. A diferencia de muchos de sus compañeros, Reyes creía que las causas principales de las injusticias debían ser arrancadas de raíz. ¿De qué servía arrestar a narcotraficantes si no se desmantelaban los cárteles? ¿Por qué salvar a una nación de un déspota sin antes determinar quién lo puso y mantuvo en el poder?

Una y otra vez, Reyes fue testigo de cómo inocentes sufrían bajo las botas de

las élites adineradas que eludían las acusaciones. Vio cómo el sistema fallaba a la hora de darle a la gente justicia, asistencia y *protección*.

Akande continuó hablando con un tono reverente y sin condescendencia.

—Has trabajado incansablemente, incluso has trastocado tu cuerpo para servir a la buena voluntad universal y, al final, ¿qué has conseguido? No es que el sistema tenga defectos. Es que fue creado de forma intencionada para recompensar y proteger a los criminales que se benefician de la división que generan. Me gustaría preguntarte algo, ¿a *quién* estás protegiendo realmente? ¿Estás protegiendo a la humanidad de mí? ¿O estás protegiendo a esos criminales de mi justicia?

Reyes lo intentó, pero no fue capaz de articular una respuesta. Akande dijo una verdad que nadie podía negar. Ni las Naciones Unidas. Ni la Interpol. Ni el sistema judicial estadounidense. Y tampoco Overwatch, con quien había creado un equipo de asalto secreto para corregir los errores que el sistema no les permitía arreglar.

En aquel momento, se plantó la semilla de la venganza en la mente de Reyes. Una semilla que daría lugar a Reaper. Un fantasma que ya no se adhiere a las anticuadas nociones del honor, sino un nuevo creyente del código de la violencia..., el único código que respeta este mundo.

—Cambiano la transmisión de sonido al sistema de comunicación de tu máscara. La voz del piloto de la nave rasgó el velo de los recuerdos de Reyes. Un pitido hueco en el oído de Reyes indicó que la transmisión era segura.

—Procede.

La interfaz de Reyes parpadeó y una calavera violeta parpadeante sustituyó a la insignia de Talon.

—Hola, compadre —le dijo una voz al oído—. ¿Preparado para el ataque relámpago?

Reyes notó el movimiento del suelo a sus pies cuando la nave hizo contacto con el suelo. Salió por la oscura entrada de la rampa al exterior mientras buscaba a su compañera de equipo, Sombra. Vio cómo desactivaba su camuflaje con una sonrisa de confianza en la cara.

Reyes apagó el sistema de comunicaciones y se volvió hacia la joven.

—¿Te refieres a una extracción con sigilo?

—Claro, un visto y no visto.

Reyes miró fijamente a Sombra para repasar una lista interna como preparación de sus responsabilidades. Su atuendo blanco y rojo no era precisamente sutil. Incluso su ametralladora estaba decorada de forma chillona. Nada en su compañera de equipo reflejaba el concepto de «sigilo».

—¿Has participado en misiones de extracción como esta con anterioridad? — dijo Reyes.

Sombra levantó una pantalla de luz sólida y suspiró bruscamente, con un tono entre la burla y la incredulidad.

—¿Estás preocupado, Gabe? Puedes confiar en mí. Incluso te contaré un viejo secreto de Talon: esto no es el ejército, soldado. Pero lo descubrirás muy pronto.

—¿Has repasado el informe de la misión?

Sombra empujó una pantalla de luz sólida hacia él.

—¿Te refieres a esto? Prefiero investigar por mi cuenta.

Reyes notó como su ira iba en aumento mientras revisaba la munición de sus escopetas.

—Seguir el informe de la misión es lo que nos devuelve a casa de una pieza.

Sombra se encogió de hombros y cerró sus pantallas.

Reyes se dirigió a la puerta.

—Listo para el combate.

Sombra sonrió y levantó su pistola hasta la frente a modo de saludo burlón.

Cuando llegaron a la cima de la cresta, la luz de la luna llena desveló un amplio paisaje de pinos altos y matorrales que se extendían durante kilómetros en todas direcciones. La cima llana se alzaba sobre un valle donde un indescriptible grupo de edificios de un color beige uniforme formaban algo parecido a una herradura sobre el paisaje.

—Allí es donde está nuestro objetivo —dijo Sombra.

Reyes escaneó el área con cuidado mientras sus ojos buscaban contramedidas defensivas ocultas entre la topografía. En su vida anterior, Reyes se había infiltrado en un sinfín de las llamadas ubicaciones secretas y conocía los métodos para ocultar dispositivos de vigilancia y de alerta preventiva. Podría ser un asta de bandera colocada de manera poco común o una serie asimétrica de

exuberantes arbustos verdes demasiado sanos para un clima desértico.

—La cuadrícula de detección está dispersa. Sígueme hasta el fondo del valle y...

Reyes se volvió y vio a Sombra arrojar una baliza de translocación sobre el abismo. Desapareció y reapareció en la cima de la colina opuesta en una fracción de segundo. La sorpresa momentánea por la desaparición de Sombra se vio atenuada por su enfado. Reyes apretó los dientes bajo la máscara al recordar la advertencia de Doomfist: «no la pierdas de vista».

Reyes se concentró en el espacio que había junto a Sombra. Su ritmo cardíaco aumentó rápidamente y se le erizó la piel. Se desintegró en humo y volvió a formarse en la cima de la colina junto a ella.

Sombra movió los dedos junto a él.

—¿Me echabas de menos?

Se fijó en que Sombra no reaccionó a sus habilidades; le dio la sensación de que ya sabía de lo que era capaz y que lo hacía para provocarlo. Un juego absurdo propio de los que tienen exceso de confianza.

Doomfist también le había informado sobre las habilidades de Sombra y dijo que era uno de los operativos más peligrosos del planeta. Reyes no había valorado que quizá también pudiera ser un peligro para cumplir el objetivo de la misión.

—No te quedes atrás, amigo —dijo Sombra—. Sé que eres el matón, pero imaginé que estarías menos tenso en esta situación. ¿Y si nos separamos? Yo iré tras el objetivo y tú te encargas de los gua...

—No vamos a separarnos —la cortó Reyes.

Sombra suspiró.

—Que no estamos atacando el Pentágono. Los refuerzos más cercanos están a 49 kilómetros de distancia. Se supone que este lugar no existe y tengo información que confirma que no reciben demasiados camiones de suministros. El personal de seguridad es reducido, los recortes han reducido su personal a treinta guardias activos, y no se esperan una infiltración. Sus armas más pesadas no harán mella en la armadura de combate de Talon. Las ubicaciones secretas ni siquiera están protegidas por el alguacil local. Pero ya deberías saber todo esto.

—Trabajaremos en equipo. Así será más sencillo eliminar las amenazas.

—Afirmativo, *comandante* —contestó Sombra con una ceja enarcada y bajando la voz—. El caso es que cuando leí tu ficha no me pareciste un poli.

Reyes no estaba seguro de lo que intentaba decirle Sombra. ¿Estaba al tanto de la advertencia de Akande?

Al ver la ira en su rostro, Sombra se puso la mano en la cadera.

—Relájate, amigo. Akande no tiene nada de qué preocuparse. Hoy tenemos intereses comunes —dijo Sombra con una sonrisa burlona.

Después, señaló el edificio más cercano a su posición.

—Entraremos por allí. Fácil de entrar. Fácil de salir.

Sombra desapareció en un abrir y cerrar de ojos mientras Reyes se concentraba en el lugar que había indicado.

A lo largo de los años, el entrenamiento militar de Reyes le había otorgado un sexto sentido que lo advertía del peligro. Ahora su alarma interna sonaba a todo volumen. No era la misión en sí lo que le preocupaba, sino la dinámica de Talon (o la falta de ella). No era tan ingenuo o necio como para pensar que la cultura relajada de Talon en cuanto a criminales con ideas afines seguiría una estructura militar básica, pero trabajar junto a Sombra era inquietante. Daba por hecho que cualquier persona con la que trabajase al menos le cubriría las espaldas, aunque solo fuese por el bien de la misión.

Pero a Sombra no le importaba ni él ni la misión..., de hecho, apenas parecía importarle Akande. De repente, ya no estaba seguro de que pudiese confiar en alguien de Talon. Un pensamiento perturbador se apoderó de su mente. «Akande me dijo que no perdiese de vista a Sombra. ¿Y qué le dijo a Sombra sobre mí?».

—Iniciando hackeo —anunció Sombra mientras se acercaba a la puerta desgastada por el sol del primer edificio.

Reyes vio una pequeña cámara que sobresalía del suelo a varios metros a su izquierda justo cuando una bocina de alarma inundó el pacífico paisaje. Un detector de movimiento. «Error de principiante». Se abrieron las puertas de varios edificios y unos soldados de seguridad fuertemente blindados se adentraron en el valle polvoriento con las armas preparadas.

Reyes contó diez guardias aproximándose a su posición. Su rostro se relajó bajo la máscara. Le preocupaba pensar que cada vez que apretaba el gatillo recibía una pequeña dosis de paz y ponía freno a la ira.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los guardias cayeron al suelo con contundencia. Reyes avanzó con paso

firme. Podría haber acabado con todos en cuestión de segundos, pero había una parte de él que se deleitaba con el acto; una parte de él cada vez mayor y que no le gustaba reconocer que existía.

Los dos últimos guardias apuntaron sus armas a Reyes, pero estaban paralizados por el miedo. Disparó al primero de inmediato, lo que pareció despertar al otro hombre. Disparó una andanada y unas gruesas gotas de sudor le resbalaron por la frente cuando Reyes se disolvió en humo y reapareció detrás de él. El hombre notó la presión del cañón de la escopeta infernal contra la parte posterior de su cabeza. Miró al cielo antes de que Reyes apretase el gatillo.

Sombra aplaudió lentamente mientras el cuerpo de Reyes se reconstituía. Por suerte, había sofocado parte de su rabia en el combate.

—Has sido descuidada —espetó Reyes—. No me dedico a arreglar errores y...

—¿Y qué más? —dijo Sombra mientras se miraba las uñas.

—Y no trabajo con aficionados.

Sombra dio unos pasos hacia Reyes con las manos en las caderas y actitud desafiante.

—Mira, sabelotodo, necesitaba saber su tiempo de respuesta y te usé como distracción mientras pirateaba su terminal de comunicaciones. Su red interna está desactivada y están completamente aislados del mundo exterior. Además, mientras te divertías, localicé la ubicación de nuestro objetivo.

Sombra giró sobre sus talones y entró por la puerta del edificio más cercano. Reyes gruñó bajo la máscara descubriendo lentamente resquicios de paciencia que no sabía que existían.

Sombra entró con cuidado en un largo pasillo salpicado de luces rojas intermitentes. Reyes la siguió. Pirateó otro terminal y usó esa interfaz para desactivar diversas zonas de la red de seguridad. En breves instantes, las luces rojas se apagaron y el complejo volvió al tenue brillo fluorescente de un edificio de oficinas normal.

—El paquete se encuentra en el segundo subnivel. Hay unas escaleras hacia abajo por allí. Habrá más resistencia cuando lleguemos a los niveles inferiores —dijo Sombra.

—¿Entiendes por qué existen las cadenas de mando? —dijo Reyes.

—Ay, otra vez no. Eres muy estrecho de miras.

—En un combate real, sin poderes ni trucos y cuando el enemigo tiene bastantes probabilidades de acabar contigo, seguir las órdenes puede suponer la vida o la muerte.

—Yo no *creo en* las órdenes.

—Estás aquí por orden de Doomfist.

Sombra suspiró.

—Oye, amigo. Todos tienen una razón para estar en Talon. Algunos no tienen otro lugar adonde ir, *como tú*. Otros quieren tener acceso a sus recursos. Algunas personas están aquí porque creen en su líder. Ahora Doomfist tiene influencia porque tiene la visión, la voluntad y los recursos. Talon podría tener un nuevo líder mañana. O tal vez no. Soy capaz de seguir una orden si me conviene, pero en este momento no es así. ¿Comprendes?

Reyes pensó en las palabras de Sombra mientras continuaban en silencio hacia las escaleras. Le transmitieron una verdad incómoda. Había visto a Moira aprovecharse de organizaciones por sus recursos; no le importaba en qué bando estuviese siempre y cuando pudiese financiar su investigación. Akande pretendía establecer un nuevo orden mundial. Eso era lo que había convencido a Reyes: la promesa de que Talon sería el altavoz de los silenciados, un ariete contra los muros de la pobreza, un puño en la mandíbula de las élites de sangre azul cuyas fortunas habían sido amasadas con el esfuerzo de las clases humildes.

Estaba claro que Sombra tenía sus propios intereses y de los que Reyes no sabía nada. Por ahora tenían un objetivo común, tal y como había dicho Sombra, pero ¿qué pasaría el día que no lo tuviesen?

La respuesta parecía sencilla: «averiguas las debilidades de tus aliados para manipularlos o eliminarlos».

Sombra abrió la puerta que conducía a la escalera. Se inclinó lentamente sobre la barandilla y vio varios tramos de escalones que descendían a un nivel inferior envuelto en oscuridad. Reyes estaba muy cerca, con los dedos dispuestos alrededor de los gatillos de sus escopetas.

—Nada —dijo Sombra.

Una bala pasó zumbando junto a su oreja.

Sombra maldijo en voz alta cuando un aluvión de disparos automáticos resplandeció desde la oscuridad de más abajo. Reyes se lanzó hacia adelante

***POR AHORA TENÍAN UN OBJETIVO
COMÚN, TAL Y COMO HABÍA DICHO
SOMBRA, PERO ¿QUÉ PASARÍA EL DÍA
QUE NO LO TUVIESEN?***

justo cuando Sombra activó su camuflaje y bajó por las escaleras.

Reyes saltó por la barandilla hacia el hueco de la escalera. Justo cuando sintió el inevitable tirón de la gravedad, sacó las armas infernales de sus fundas y dejó que la ira de su interior lo consumiera. Se regocijó a medida que aumentaba su velocidad y se le escapó una risa siniestra amplificadas por el sistema de comunicación de su máscara. Reyes se convirtió en un borrón en movimiento, entrando y saliendo del espacio físico mientras las balas brotaban de sus armas.

Cuando atravesó todas las plantas, el efecto neutralizó a los guardias de las escaleras. Reyes aterrizó con fuerza en el nivel inferior a la vez que Sombra salía de su camuflaje.

—La próxima vez despeja la zona —dijo Reyes reemplazando sus armas.

—Tranquilo. Gracias a gente como yo personas como tú tienen trabajo.

El humo se dispersó y reveló una enorme puerta de metal con una pequeña consola rectangular instalada en la pared de al lado. Sombra pirateó rápidamente la consola; cuando la puerta se abrió, escucharon el sonido hueco de un *chasquido* y un *siseo*.

Reyes apartó a Sombra a un lado.

—Gas lacrimógeno... proyectiles de cañones de riel.

El bote atravesó el pequeño rellano de la escalera y rebotó en las estrechas paredes mientras soltaba una humareda de gases tóxicos. Sombra avanzó tambaleándose hacia el pasillo donde ya se estaba amontonando un escuadrón

de soldados con máscaras antigás. Los ojos de Sombra se entrecerraron estrechamente para activar una especie de arma: brotaron ondas simultáneas de luz púrpura de su cuerpo en forma de una gran media luna que atravesaron el pasillo como una explosión violeta. Los soldados se detuvieron en seco mientras sacudían sus rifles y apretaban los gatillos en vano.

«Un PEM. Muy astuta».

Reyes aprovechó la oportunidad para disparar a los soldados, que solo pudieron quedarse mirando aterrorizados.

Mientras acababa con los guardias, Sombra pirateó el sistema de ventilación del edificio para iniciar la expulsión y renovación del aire en todo el complejo. Resonó un traqueteo electrónico por los pasillos mientras se eliminaban los gases nocivos. Sombra se giró y vio a Reyes observando a los cadáveres.

A veces se olvidaba de que esas personas eran como él fue no hace demasiado. Soldados, guardias, gente con una vida.

De nuevo, imágenes del *pasado* inundaron su mente durante un instante —helados, nudillos raspados y los árboles de jacaranda que bordean las calles de Echo Park—, pero una voz familiar las dispó: «¿a quién estás protegiendo realmente? ¿Estás protegiendo a la humanidad de mí? ¿O estás protegiendo a esos criminales de mi justicia?».

—¿Así llevas a cabo tus misiones? —preguntó Reyes consciente de que lo estaba mirando.

—Oye. Al menos puedo pensar por mí misma. No tengo traumas nublándome la mente —dijo Sombra resucitando la ira en la boca del estómago de Reyes—. Disfruta con la limpieza, barrendero.

Reyes luchó contra su instinto básico de enseñarle a la niñata una lección a la antigua usanza. Pero Sombra se adelantó a él, gesticulando atropelladamente señales inventadas con las manos. Más burlas. Más faltas de respeto.

A medida que se acercaban a su objetivo, Reyes apretó los dientes y se fijó en las enormes señalizaciones de materiales peligrosos y en las advertencias sobre cambios repentinos en los niveles de radiación.

Sombra se giró para mirarlo con unos ojos llenos de picardía.

—Lo que quiero decir es que entiendo por qué Akande te ha elegido como su nueva arma.

Reyes respondió con un gruñido de exasperación.

—Es difícil conseguir la auténtica lealtad hoy en día, sobre todo en nuestro trabajo. Es imposible comprarla y es tan valiosa como el oro.

Reyes sabía lo que estaba haciendo; su forma de molestar lo estaba llevando al límite. Él era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de la manipulación, pero carecía del autocontrol necesario para ignorar las provocaciones de Sombra. Desde que salió arrastrándose de Suiza, a rebosar de más veneno para mantenerlo con vida, había luchado por controlar su ira.

—Estoy harto de ti —sentenció Reyes.

—Estamos de charla, soldado. Fomenta la confianza en el equipo, ¿recuerdas? Tal y como solías hacer en Overwatch.

Reyes frunció el ceño con fuerza bajo la máscara. No era una palabra que quisiera escuchar. La ira comenzó a bombear por sus venas de nuevo cuando se acercaron a un pasillo oscuro que conducía a una compuerta de aire.

—Vale, amigo, nuestro objetivo está al otro lado —dijo Sombra.

Cuando Sombra hackeó el terminal de seguridad de la puerta, surgió una voz robótica a modo de bienvenida:

Por favor, tengan precaución al entrar en la cámara cuántica. Es posible que se estén llevando a cabo experimentos gravitacionales. Mantengan sujeta la ropa holgada, las armas y los efectos personales.

—Después de ti, compadre —dijo Sombra con una ligera reverencia.

La puerta se abrió para dar paso a un laboratorio más grande de lo esperado y con una forma parecida a un octógono. Había un montón de ordenadores integrados en las paredes que estaban conectados mediante un sinfín de cables de fibra óptica. Los cables recorrían el suelo y conducían a una plataforma elevada en el centro de la sala. A Reyes le pareció la guarida de un calamar robot gigante.

—Ahí está —dijo Sombra con una voz cantarina.

Sobre la plataforma había un hombre mayor centrado en dos dispositivos esféricos algo más grandes que unas granadas corrientes. Su cabeza calva acentuaba un rostro anguloso que convergía en una nariz ganchuda y puntiaguda como el pico de un halcón.

Cuando Reyes se acercó, el hombre no dio señal alguna de darse cuenta de su presencia. De hecho, no estaba seguro de que el hombre supiese que alguien

había entrado en la habitación. Reyes vio a Sombra acercándose al grupo de monitores más grande ubicado en la parte más alejada del laboratorio y acomodándose rápidamente en el asiento. Las pantallas se iluminaron cuando Sombra pirateó el ordenador central.

—La fisura del tiempo repica como una campana silenciosa, pero la huella de la gravedad distorsiona el tiempo al igual que el agua con el sonido. A pesar de ello, la campana sigue repicando... —dijo el hombre con una voz que fue disminuyendo como si alguien lo hubiese interrumpido.

El hombre sonrió y tiró de una palanca que había cerca de su estación de trabajo. Dejó caer las dos esferas mientras la estación central se abría como la caja de un rompecabezas que desvela otra esfera más grande que brillaba a un ritmo constante.

Reyes se quedó atónito ante la esfera más grande.

—¿Está...?

El hombre acarició con delicadeza la superficie del dispositivo mientras sus dedos se iluminaban con los pulsos de aquella luz.

—Un experimento fallido le fracturó la mente. Está intentando recordar cómo encajaban las piezas —dijo Sombra—. Parece que tenéis algo en común, ¿eh?

Reyes hizo todo lo posible por ignorar la provocación cuando notó un cosquilleo familiar en la nuca. Se estaba reuniendo otro grupo de refuerzos en el pasillo. Disparó con sus escopetas a los paneles interiores, que se desactivaron y provocaron que los protocolos de seguridad sellaran la puerta.

—No has cerrado la puerta —siseó Reyes.

—Pero si tú ya lo has hecho superbién, amigo —dijo Sombra con los ojos centrados en las pantallas mientras accedía al expediente del objetivo—. Doctor Siebren de Kuiper, nacionalidad holandesa... Lo tengo. Ya sabemos por qué Akande quiere a este tipo.

El sonido de golpes en la puerta se intensificó. No se escuchaban voces, solo los impactos de conmoción de varias explosiones de energía y los disparos de armas pesadas que abollaban el exterior de la barrera de acero. A Reyes le recordó el distante atronar de los disparos enemigos durante sus escasas misiones fallidas, momentos en los que tuvo que retirarse o esconderse para luchar otro día. Unas profundas punzadas de arrepentimiento y de frustración continuaron burbujeando en su interior, y cada momento que pasaba sentía como si la

temperatura subiera por encima de los quinientos grados.

A Reyes se le agotó la paciencia. Estaba haciendo de mano de obra para Talon. Un soldado de su inmensa habilidad y experiencia reducido a un vulgar ejecutor callejero. Cualquier necio podía apretar un gatillo, pero se requería astucia para completar una operación encubierta. Con cada golpe en la puerta, Reyes notaba cómo se desvanecía su férreo control sobre la ira. «¿Por esto me ha reclutado Doomfist?», se preguntó. «¿Porque ninguno de estos idiotas podía hacer las cosas bien?».

Reyes había dejado atrás su vida anterior para siempre, había destruido todo su pasado y se había metido en la boca del lobo con el fin de impartir justicia sobre un mundo sin fe. ¿Y todo para qué? ¿Para ser un asesino a sueldo?

—¡Deja el ordenador y asegura el paquete! —gritó Reyes.

—Esto es *mi* pago por el trabajo. La información es mi divisa preferida, compadre. Solo necesito unos minutos más —contestó Sombra con rudeza.

—Llevamos aquí el tiempo suficiente como para que lleguen refuerzos en cualquier momento. Cuanto más nos retrasemos, más disminuirán nuestras posibilidades de una lograr una extracción con éxito.

—Pss, pss. Siempre estás muy serio. ¿Jack te tenía muy vigilado?

Como si del estallido de una bomba atómica se tratase, los muros de contención del alma de Reyes se partieron. Furioso, corrió a través de la habitación y desenfundó su escopeta con un borrón de vapor de ébano.

Sombra se agachó y soltó un montón de improperios cuando la bala hizo estallar la consola del ordenador en un montón de piezas llameantes.

Ante todo esto, el doctor Kuiper ni se inmutó, pues continuaba acariciando la reluciente esfera con suavidad.

Sombra pateó la silla hacia Reyes, que la desvió con un golpe perfectamente calculado de su escopeta.

—Pobrecito, ya te lo dije. Tú tienes tus razones para estar aquí y yo tengo las mías.

Reyes dio un paso amenazante hacia ella.

—Estoy segura de que te gustaría estar en otro lugar... ¿Como en esa casita de Echo Park?

Sombra activó su camuflaje, pero Reyes había analizado su patrón de ataque;

EN LO MÁS HONDO DE SU RABIA, ODIO E IRA, REYES ESCUCHÓ OTRA VOZ. UNA VOZ FIRME QUE LO INSTABA A RECONSIDERAR TODO LO QUE ESTABA HACIENDO. UNA BRASA MORIBUNDA DE COMPASIÓN BAJO UN TEMPORAL DE HOSTILIDAD.

tendía a reaparecer en la posición de las once o de la una en función de con qué mano sujetaba el arma su objetivo. Inhaló profundamente y apuntó con sus escopetas justo cuando el rostro de Sombra comenzó a reaparecer.

—Parece que estamos en un punto muerto —dijo Sombra mientras apuntaba con el cañón de su arma frente a la máscara de Reyes.

Permanecieron en la misma posición durante unos segundos. Un revoltijo de recuerdos salpicó las orillas de la imaginación de Reyes. Una mezcla contradictoria de momentos tiernos de su antigua vida con los atormentados rituales de su nueva existencia.

En lo más hondo de su rabia, odio e ira, Reyes escuchó otra voz. Una voz firme que lo instaba a reconsiderar todo lo que estaba haciendo. Una brasa moribunda de compasión bajo un temporal de hostilidad.

«Tú no eres así», dijo una voz conocida en su interior. Reyes cerró los ojos y vio el rostro sonriente de Martina en aquel sendero cubierto de hierba de Echo Park. Un helado que se derretía y goteaba entre sus nudillos raspados, una herida provocada por trepar a un árbol para recuperar un globo de cumpleaños errante. Un instante de la alegría más absoluta. Trató de aferrarse al dulce aroma de su perfume y al peso de su hijo de seis años en sus brazos, pero lo que recibió fue el

hedor punzante de la pólvora y la carne quemada.

«Tu antigua vida no ha desaparecido. Aún puedes dejar esto».

El rostro de Martina se fundió en la oscuridad y lo sustituyó la sonrisa despectiva de Sombra.

—Y bien, pendejo, ¿qué vas a hacer? —preguntó Sombra.

El dedo índice de Reyes se deslizó por el gatillo de su escopeta. Entrecerró los ojos y clavó los talones en el suelo como preparación para el disparo.

¡BANG!

Tanto Reyes como Sombra notaron el calor del proyectil pasar a escasos centímetros de sus rostros. La consola eléctrica de la parte trasera del laboratorio explotó en una lluvia de chispas mientras los generadores de reserva provocaron que las luces parpadearan como luciérnagas.

—Esto... no me impresiona para nada —dijo una voz cargada de aburrimiento.

Reyes y Sombra dieron un paso atrás mientras Widowmaker y un escuadrón de operativos de Talon entraron en el laboratorio. Los cadáveres de los refuerzos que habían estado atacando la puerta se encontraban amontonados afuera. Reyes había notado que el ruido en el pasillo había cesado, pero pensó que el silencio se debía a una retirada o un cambio de estrategia. Asintió interiormente mientras observaba cómo los soldados de Talon se apresuraban para apresar al doctor Kuiper con precisión milimétrica.

—*Vous êtes des imbéciles* —dijo Widowmaker. Aunque Reyes aún no entendía francés, su tono era conciso—. Akande nos prometió que el camino estaría despejado. Imagino que al menos debo agradecerlos eso..., pero esta misión era demasiado importante como para confiársela a aficionados.

—Siempre hay que tener una puerta trasera —dijo Sombra mientras guardaba sus armas—. Hay algo sobre Talon que también deberías saber: Doomfist siempre cuenta con un plan de contingencia.

Reyes pasó por delante de Widowmaker y los operativos de Talon. Se detuvo para observar a Sombra durante un instante.

—Adiós, barrendero —dijo mientras le sonreía.

Reyes volvió a atravesar los pasillos oscuros de la instalación pasando por las paredes cubiertas de agujeros de bala y las escaleras llenas de escombros. Posó la vista sobre la horrible imagen de los cadáveres de los soldados de seguridad que cubrían el suelo. Tenían la mirada como buscando una salvación que nunca llegaría.

Reyes le dio la vuelta a los soldados muertos con su bota mientras observaba las placas de identificación de sus uniformes: «Dawson. Carly. Peterson. Sandborne. Jacobs». En algún lugar del mundo, estos hombres y mujeres tenían padres esperando una llamada, una hija con ganas de escuchar la voz de su madre antes de acostarse, un perro aguardando en la puerta trasera.

Reyes sabía que ahora estaba en el otro bando. Ya no podía considerar que estaba por encima de las acciones de terroristas. En última instancia, tal y como solía decir, todo terrorista se cree un héroe, un cruzado contra la tiranía que enarbola la bandera de la justicia contra una corrupción y codicia muy presentes. La línea que separaba el heroísmo del crimen era borrosa, pero Reyes la había cruzado deliberadamente.

Ya fuera de la base, Reyes vio a Widowmaker y a los soldados de Talon cargar al doctor Kuiper en otra nave. Como veterano en muchas misiones de extracción, Reyes sabía que casi siempre había entregado el objetivo a sus aliados o al frío reino de la justicia. Había ocasiones en las que lo había entregado a un destino demasiado espantoso como para recordarlo.

Se preguntó cuál de todos era hoy.

Ahora que el doctor Kuiper se encontraba a bordo de la segunda nave, Widowmaker y los soldados también entraron en ella, y Sombra miraba a Reyes con una sonrisa sarcástica. Movi6 los dedos hacia 6l con un gesto de despedida.

—No te preocupes tanto, Gabe. Pronto encontrarás tu lugar en Talon.

Mientras Sombra entraba en la nave y las puertas se cerraban, le dio tiempo a decir una 6ltima cosa:

—Aunque sea a los pies de Akande.

M6s tarde, mientras la nave volaba sobre la campi6a, Reyes se perdi6 en sus pensamientos. «¿Qu6 es Talon en realidad?». No era un ej6rcito ni una sociedad secreta. Desde luego, no eran Overwatch ni Blackwatch. Al menos esas organizaciones contaban con un sentido arraigado de familiaridad y respeto mutuo donde los compa6eros de equipo compartían almuerzos, experiencias y

*¿QUÉ ES TALON EN REALIDAD?
UN MEDIO PARA LOGRAR UN FIN.
UNA ESPADA PARA QUEBRAR EL
BISTURÍ DE LOS DESAPRENSIVOS.
EL CÓDIGO DE LA VIOLENCIA, UN
TERRITORIO DE REAPER.*

lealtad a una causa común.

¿Pero acaso no se trataba de otra forma de manipulación? ¿Seducción mediante la camaradería? En Talon no había pretensiones de armonía. Sus motivaciones eran egoístas, pero verdaderas. Sus acciones reprobables, pero decisivas. Reyes ya no estaba atado a las leyes de la «civilización» que siempre encontraban el modo de doblegarse hacia la protección de los injustos.

No debían lidiar con trámites burocráticos de las Naciones Unidas, ni existían barreras que impidiesen acusar a los verdaderos malvados, ni tampoco había fronteras soberanas que les impidiesen apropiarse con lo necesario para construir un mundo mejor.

«¿Qué es Talon en realidad?».

Un medio para lograr un fin.

Una espada para quebrar el bisturí de los desaprensivos.

El código de la violencia, un territorio de Reaper.

Sintió un tirón en su interior. Aquella brasa agonizante de compasión estaba a punto de consumirse. Reyes se sacó el guante de una mano y se quitó la máscara. Hizo una mueca cuando el aire seco le provocó escozor en la carne arrugada.

Se pasó un dedo por el rostro con lentitud, aunque los nervios insensibles lo obligaron a presionar con más fuerza para notar algo. «Ella ya no me

reconocería... porque yo ya no me reconozco». Reyes escupió en el suelo de la nave. Se reajustó la máscara. No había nada más que en lo que pensar.

Su vida anterior se sumió en el humo negro de sus poderes, consumida por el pozo sin fondo de la ira de su interior. Ya no quería amistades ni necesitaba amor. Lo único que importaba era su ansia de justicia. Algo que Doomfist necesitaba a su disposición si pretendía arreglar este mundo roto.

Eso era todo lo que a Reyes le quedaba por ofrecer.